



bam
bú



Las catorce momias de Bakrí

Susana
Fernández
Gabaldón



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2007, Susana Fernández Gabaldón

© 2007, Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Ilustración de la cubierta: Francesc Punsola

Quinta edición: noviembre de 2011

ISBN: 978-84-8343-024-8

Depósito legal: M-44.509-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

| | |
|-------------------------------------|-----|
| Prólogo | 9 |
| 1. Como el ave fénix | 15 |
| 2. Un caso para Yalil | 23 |
| 3. La Perla del Nilo | 31 |
| 4. En casa de Hassan | 43 |
| 5. La conferencia | 48 |
| 6. ¿Dónde está Bakrí? | 59 |
| 7. El amuleto de Yasmine | 70 |
| 8. La huida | 82 |
| 9. De parte de la princesa Neferure | 91 |
| 10. En manos del dios Ha | 104 |
| 11. El despertar | 109 |
| 12. Una esperanza de salvación | 120 |
| 13. Los camelleros | 127 |
| 14. Un hecho inesperado | 138 |
| 15. Sedna, el noveno planeta | 152 |
| 16. La cámara de las momias | 166 |
| 17. Atrapados | 182 |
| 18. La maldición de la momia | 194 |

PRÓLOGO

A pesar de que habían pasado casi seis años desde lo ocurrido en el valle del Hammammat, resultaba imposible borrar el recuerdo de aquella aventura transcurrida en medio de las montañas secas y polvorientas próximas al mar Rojo. Las arenas transformándose en el cuerpo del dios Ha; su corazón forrado de oro, escondido en el interior de una fabulosa cueva; el espejo de la princesa Neferure, siempre dispuesto a desvelar tantos secretos...; Bakrí que, como un fantasma, estaba presente en cualquier frase o pensamiento de cada uno de los miembros de la expedición, pero cuyo rastro siempre se diluía en el recuerdo de quien decía haberlo visto o hablado con él...

Y, sin embargo, después de seis años las cosas habían cambiado mucho, porque el tiempo no pasa en balde para nadie.

Para empezar, os diré que Hassan trabajaba sólo a ratos



en la tienda de antigüedades del señor Abbas. El propietario del local –sin querer renunciar a Hassan– «había contratado unas horas al día a Kinani», el hermano de Tamín porque, como más adelante os contaré, Kinani se había tomado muy en serio lo de estudiar arqueología. Hassan era de esas personas, ¡cómo llamarlas!, insustituibles, ¡eso es!, indispensables... que, con su gran corazón, su innata inteligencia y envidiable serenidad hacían la vida agradable a cualquiera.

Volviendo un instante al tema de Kinani que os avanzaba líneas atrás, os decía que desde hacía algunos meses el señor Abbas se las arreglaba en la tienda con alguna que otra dificultad, ya que Kinani lo ayudaba únicamente a partir de las tres o las tres y cuarto de la tarde. Aún le quedaba un año para terminar en la escuela superior, pero como estaba dispuesto a ser un famoso egiptólogo, siguiendo los pasos de Yalil, desde hacía varios años participaba como ayudante en casi todas las excavaciones que se habían desarrollado bajo su dirección. Tras el regreso del valle del Hammammat había nacido una sólida amistad entre ambos –¡quién lo hubiera dicho!– y Kinani se había convertido, no sólo en el estudiante más joven de arqueología que tenía Yalil, sino en el más preparado de cuantos trabajaban bajo su supervisión.

¿Y en cuanto a BakrÍ?

¡Qué puedo decir de él! No volvieron a verlo durante todos esos años.

Hasta cierto punto les pareció normal. Siendo como era un tipo tan extraño y escurridizo, terminaron creyendo que habría muerto, despeñado por los áridos desfiladeros o per-



dido en medio del desierto, gritando frases como: «¡Desha- ceos de esos monstruos, de las arenas que hablan, de los ga- tos de madera, de los espejos que te miran! ¡Enloqueceréis también vosotros!», y cosas por el estilo. Es posible que se lo tragara el desierto o el mismísimo dios Ha en alguna de sus peligrosas expediciones a la caza de nuevos tesoros escondidos. Pero no; seguía vivo y coleando. De vez en cuando llegaban noticias de algunos que decían haberlo visto por aquí o por allá, y que seguía peinando el maldito valle y sus desfiladeros en busca de objetos milenarios para su venta.

Los caravaneros de Qoceir no habían vuelto a llevarlo en sus expediciones; era una persona demasiado esquiva e impredecible como para repetir la experiencia a su lado. Según contaban, Bakr  se las había ingeniado más o menos bien para continuar rastreando aquella franja de terreno entre el Nilo y el mar Rojo, sin más ayuda que la divina providencia de Al .

 Y Tam n, el hermano de Kinani?  Ah, Tam n! A sus 18 años andaba buscando novia, pero se había convertido en un tiquismiquis de armas tomar y no había chica a la que no encontrase un montón de defectos insalvables. «No sabe hablar de esto; sus ojos no me gustan; tiene cortas las pestañas; es demasiado alta; es demasiado baja; es demasiado tímida; es demasiado...»  Qu  cruz! Era el terror de las chicas del barrio, que habían acabado apartándolo de sus círculos por melindroso. Cierta es que su aspecto había cambiado notablemente. Se había dejado bigote y una perilla por barba que le hacían parecer mayor de lo que realmente era. Kinani le decía que se estaba haciendo viejo antes de tiempo,



un auténtico cascarrabias, si bien es posible que él tuviera una imagen demasiado idealizada de lo que debía ser una chica como para encontrar la princesa de sus mil y una noches entre las muchachas de su edad.

Desde hacía varios años regentaba con su tío Ismail la tienda de alfombras que antes o después habría de heredar. Había decidido dedicarse a los negocios y abandonó los estudios poco después de cumplir los 14 años. Pese a ello, su futuro era brillante porque, con los numerosos turistas que frecuentaban a diario el Gran Bazar –donde estaba ubicada la tienda–, conseguía mantener holgadamente el negocio, gracias a la venta de sus *kilims* y alfombras de vistosos colores.

¡Oh, se me olvidaba!

Osiris, el gato del señor Abbas, había envejecido lo suyo. Eran numerosas las canas que ahora le cubrían el mentón y rodeaban sus ojos; tenía una inmensa barriga y la grasa se le había acumulado también en la cola y en las patas. Sin embargo, lo que el paso del tiempo no había cambiado ni un ápice eran sus costumbres, y seguía perdiendo buena parte del día durmiendo a pierna suelta (mejor dicho, a pata suelta) sobre el mostrador del local, si bien ahora no le preocupaba excesivamente quién entraba o salía cuando la ristra de campanitas de la puerta de la entrada tintineaba. A veces dormía tan profundamente que ni las oía, pero, contrariamente, se despertaba por el vuelo de una insignificante mosca que le rondaba los blancos pelillos de las orejas.



1

Como el ave fénix

Aquel invierno la naturaleza se estaba comportando de un modo caprichoso. El mes de enero estaba a punto de terminar y lo hacía con un frío intenso como no se recordaba desde hacía más de ciento cincuenta años. Desde el amanecer un cielo plomizo cubría El Cairo privándolo del sol, y no parecía que tuviera intención de despejar. Había nevado días atrás, sólo durante algunas horas; la nieve llegó a cuajar algún centímetro en ciertas zonas del sur de la gran ciudad, sobre todo en el barrio copto, lo que había alegrado a todos por la excepcionalidad del extraño fenómeno.

Para muchos niños era la primera vez que veían la nieve.

Incluso las grandes pirámides habían amanecido blancas y los turistas no paraban de hacer fotos, tratando de capturar el fascinante espectáculo de un desierto dorado cubierto de nieve y recorrido por camellos, los cuales, con su



lento caminar, deambulaban por el conjunto arqueológico de Gizeh tan lentamente como los copos caían sobre ellos.

En el viejo reloj victoriano, colocado en la puerta de entrada de la tienda de antigüedades del señor Abbas, estaban a punto de dar las seis de la tarde. Una débil luz había iluminado el local hasta ese momento, hasta que los primeros rayos de sol se filtraron con fuerza en el interior de la tienda.

–¡Me voy pitando! –gritó Kinani al señor Abbas, al tiempo que se enfundaba el abrigo con premura–. Vuelo al museo, a echar una mano a Yalil con el material de la última campaña de excavaciones. ¡Caramba! ¡Se me ha hecho tardísimo! –exclamó consultando de nuevo su reloj.

–Está bien, está bien... –consintió el señor Abbas sin levantarse de su vieja butaca de ruedas que rechinaba a cada movimiento, mientras prestaba atención a la contabilidad. Pero se detuvo por unos segundos, empujó sus gafas con el índice nariz arriba y preguntó:

–¿Quieres que te pague hoy? ¿Sabes si Hassan vendrá mañana?

Cubriéndose la cabeza con una gruesa bufanda, Kinani le respondió antes de salir:

–Si no le importa, dejémoslo para mañana. Y por lo que respecta a Hassan, creo que no vendrá. Ayer lo vi bastante resfriado y, con este tiempo de perros, no creo que mañana esté en condiciones de salir de casa.

–¡Eso me temía! Pues me las tendré que apañar solo todo el día –refunfuó en voz alta.

–Lo siento de veras, pero mañana por la mañana no podré venir, como ya le he explicado. Tengo un examen y no



sé cuándo terminaré –le aclaró por segunda vez, aproximándose un instante a la puerta de su despacho.

–Sí, sí..., ya me lo has dicho, de protohistoria del Asia Menor.

–Veo que tiene buena memoria –sonrió, dirigiéndose rápidamente hacia la salida.

Kinani confiaba en que el señor Abbas no le entretuviera ni un minuto más. Tenía aún mucho trabajo pendiente en el museo; además, de que debía dedicar algunas horas a repasar los diez temas que más o menos ya se sabía y sobre los que le preguntarían en el examen del día siguiente.

Al abrir la puerta, Kinani dejó paso a un viento helado que se adentró sin compostura en el interior del local, levantando un poco de polvo por todos lados.

Osiris se despertó de pronto. Malencarado, miró hacia la entrada molesto, dio un salto desde el mostrador al suelo y entró en el despacho de su amo, en el que se acurrucó delante de una pequeña estufa de gas, encendida a pocos metros de sus pies.

–¡Hasta pasado mañana! –se despidió, saliendo ya a la calle.

Kinani cerró la puerta y todas las campanitas tintinearón al unísono. Llegó al museo en menos de un minuto, cruzando la enorme explanada que servía de aparcamiento y que se abría justo delante de aquél.

–¡Pasa, pasa! –le dijo el guardia de seguridad al verlo llegar. Desde la inmensa cristalera de las puertas de ingreso del Museo Arqueológico, se veía cómo el viento se arremolinaba en el centro de la enorme plaza. Aún estaban



aparcados varios autobuses de turistas alemanes que debían de estar visitando el museo.

–Gracias, Ahmed –sonrió Kinani al pasar la barrera de seguridad.

–Te está esperando.

–Lo sé, pero no he podido venir antes –se excusó, desabrochándose el abrigo y quitándose la bufanda que le cubría la cabeza.

–Por si te interesa, todavía está en el laboratorio –le informó el guardia mientras Kinani firmaba en el registro de entrada–. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

–¡Uf! No lo sé..., hasta las ocho o las ocho y media.

–Como sabes, mi turno termina antes, de modo que me despido de ti hasta mañana.

–Sí, sí. Hasta mañana entonces, Ahmed –le dijo con premura.

Kinani salió disparado escaleras abajo y desapareció al doblar el primer recodo que encontró a la derecha. Al llegar a la puerta del laboratorio, entró de golpe. Yalil examinaba con una gran lupa los jeroglíficos escritos sobre unos papiros amarillentos. Un foco de luz fría los iluminaba desde lo alto.

–Llegas tarde –le dijo lentamente sin levantar la mirada de la lupa.

–Pues me marcharé tarde –respondió Kinani, colgando su abrigo en el perchero de detrás de la puerta y poniéndose manos a la obra. Se acomodó delante de una gran mesa en la que estaba desparramado un montón de trozos de cerámica pertenecientes a la última campaña



de excavaciones—. Aún no he terminado de inventariar el sector cuatro —anunció, observando con ansia el material arqueológico que tenía ante él.

—Si pudieras acabar hoy, avanzaríamos mucho. Nos quedan todas aquellas cajas que ves apiladas a tu derecha.

Kinani las miró y, un tanto desanimado, resopló con pesadez.

—Y los demás estudiantes... ¿qué han hecho? —protestó, como si el peso del trabajo fuera igual al de las cajas.

—Han llamado para decir que tenían un examen mañana por la mañana y que hoy no vendrían.

—¡Mira qué listos! —exclamó de pronto—. ¿Y qué crees que haré yo esta noche cuando llegue a casa?

—¿Tú también tienes un examen? —se sorprendió Yalil, levantando de pronto la lupa de los jeroglíficos.

—¡Pues claro! ¡No te fastidia!

—Entonces será mejor que te encierres en mi despacho a estudiar. Esto puede esperar un par de días.

Kinani reflexionó sobre su propuesta unos instantes.

—Tal vez sea lo mejor —dijo luego—. Si suspendo este examen, los diez temas me quedarán pendientes para la próxima repesca ¡junto a otros diez!

—¡Anda!, sube y no se hable más. He dejado abierta la puerta, de modo que puedes quedarte allí hasta las ocho. Estarás mucho más tranquilo y nadie te molestará. Pasaré yo a cerrar con llave antes de marcharme.

—Gracias, Yalil —dijo mientras se encaminaba hacia el corredor con su mochila y su abrigo en la mano—. Nos vemos luego.



–Sí, sí... –repuso éste, volviendo a su quehacer.

Kinani subió numerosos tramos de escaleras y recorrió los intrincados corredores del museo hasta que llegó al despacho de Yalil, situado en el primer piso, en el ala opuesta a donde se encontraban los laboratorios y almacenes. Prácticamente no quedaban turistas por las salas porque estaban a punto de cerrar y por los altavoces ya habían dado órdenes de dirigirse hacia la salida.

Kinani entró y se acomodó en el despacho, haciéndose un hueco en la mesa que, como era habitual, estaba llena de papeles y libros en gran desorden. Con la lámpara ya encendida, abrió su carpeta de apuntes de los temas del examen e hincó los codos sobre la mesa, dispuesto a estudiar los diez temas de protohistoria del Asia Menor en las dos horas escasas que le quedaban hasta las ocho.

Sin embargo, a eso de las seis y media pasadas, alguien llamó delicadamente al despacho antes de atreverse a entrar. La puerta se abrió y el rostro de una chiquilla que no debía de tener más de 12 años asomó por el marco entreabierto.

–¿El doctor Yalil al-Bayal? –preguntó con una mirada achispada.

–Sí...; bueno, no... Pero pasa y ahora voy...

–Le explicaré todo en sólo un minuto –dijo de pronto la joven, acercándose hasta la mesa tras haber echado una rápida ojeada a su alrededor. Sus ojos negros, penetrantes y misteriosos, se encargaron de ello–. El señor Bakrí me ha dicho que esto podría ser de su interés –dijo entonces, depositando un bulto encima de la mesa– y que, si quiere



saber más sobre el «asunto» y de cómo ha conseguido «rescatarlo», estará esperando mañana a las seis de la tarde en La Perla del Nilo, al pie del barrio de la Ciudadela. No tiene pérdida. El señor Bakrí tiene intención de vender esta información a un buen precio y está convencido de que es usted la persona indicada...

–¡Un momento, un momento! Yo no soy el doctor al-Bayal... Pero, ¿has dicho «Bakrí»? –preguntó Kinani, como si estuviera hablando de un fantasma que acaba de abandonar la tumba delante de sus propios ojos-. ¿No te referirás a aquel chiflado que...? Quiero decir: ¿hablas del comerciante de objetos arqueológicos..., de Bakrí, aquel hombre bajito..., de pelo grasiento con un gorro de colores? ¡Pero si hace seis años que no sabemos nada de él! Le creíamos muerto...

Kinani se había puesto muy nervioso, pero cuando abrió el paquete encerrado en una bolsa de plástico y extrajo su contenido, casi le dio un infarto. Entre un montón de periódicos llenos de arena reconoció de inmediato el espejo de la princesa Neferure, medio envuelto en lo que parecían unas vendas amarillentas con numerosos signos jeroglíficos pintados sobre ellas.

–¡Por las barbas del profeta! –exclamó con la mirada desorbitada-. Tengo que avisar ahora mismo a Yalil.

–Bueno, ¿qué le digo al señor Bakrí? –preguntó la joven indiferente, al parecer más que habituada a aceptar la indiscutible descripción que habían hecho del peculiar comerciante.

–Dile..., dile que sin duda acudiremos a la cita. Aunque,



espera un momento... –trató de reflexionar precipitadamente–. Yo sólo soy un estudiante... Yalil está en el laboratorio, pero ahora mismo lo llamo –marcó en el teléfono los cuatro números de la extensión interna del laboratorio y esperó. Yalil no respondía. Kinani, nervioso, insistió varias veces, si bien sabía que si no había contestado ya, es porque no estaba en el laboratorio–. Voy a buscarlo –dijo entonces–. Mientras tanto tú..., tú no te muevas de aquí. ¿Me has entendido? Ahora mismo vuelvo.

Kinani abandonó el despacho y corrió hasta el ala opuesta del museo tan rápidamente como pudo; rastreó los almacenes hasta que al fin encontró a Yalil en una de las secciones de la XII dinastía, ordenando sobre unas estanterías parte de un material inventariado.

De vuelta al despacho, le puso al corriente de lo ocurrido; ninguno de los dos pudo evitar contener una enorme emoción. Cuando llegaron, entraron de golpe, sudorosos y agitados. La chica había desaparecido, pero no lo que había traído: el espejo de la princesa Neferure, el mismo que tuvieron que dejar en Hanefer para poder escapar del corazón del dios Ha.

2

Un caso para Yalil

Yalil fue derecho a la mesa y cogió el espejo. Una mezcla de incredulidad y escepticismo le invadió, porque en el fondo le costaba creer que se tratase del mismo objeto que habían debido abandonar seis años atrás en el interior de la cueva. Lo liberó del vendaje enrollado y lo inspeccionó atentamente. Kinani escuchaba el jadeo de su respiración agitada mientras lo hacía.

–Es el mismo –concluyó Yalil poco después.

–¡Ya te lo dije! –exclamó él–. Casi me desmayo de la impresión nada más verlo. Pero... ¿cómo es posible? ¿Cómo y por qué después de tanto tiempo? ¿Esto significa que Bakrí está dispuesto a revelarnos otro modo de entrar y salir de Hanefer? A no ser que se haya infiltrado por la misma galería por la que nosotros descubrimos la caverna cuando llegamos a la habitación de la princesa Neferure.



–El dios Ha no se lo habría permitido –objetó Yalil, recordando con claridad la galería de la que Kinani hablaba–. Además, recuerda que la entrada quedó sepultada bajo una montaña de arena. Nunca conseguimos saber cómo Bakrí pudo llevarse el espejo y, al mismo tiempo, escapar de Hanefer. Es un enigma que nos ha traído de cabeza desde que volvíamos del valle... No –negó pensativo un segundo después–; tiene que haber otra forma de llegar al corazón de oro y salir de él que nosotros no descubrimos y que Bakrí conocía desde un principio. Sin embargo, no sé por qué, pero en esta ocasión me da la corazonada de que ese loco ha descubierto algo importante, estoy seguro, y por eso ha vuelto: a sacar partido de su descubrimiento. De lo contrario, hace años que habría dado señales de vida y no habría esperado hasta hoy. Esta clase de personas no dan un paso en falso si no hay dinero de por medio; huelen los billetes a kilómetros de distancia, como los tiburones la sangre de sus víctimas.

Mientras Yalil reflexionaba con aire grave ante la inesperada sorpresa, apartó el espejo y se centró en los trozos de vendas de lino. Aún se mantenían lo suficientemente flexibles como para no romperse al desenrollarlas; estaban recubiertas de jeroglíficos pintados en negro.

–Me parece, Kinani, que pasaré esta noche en el museo –anunció sin apartar la vista de las vendas de lino.

–¿Lo dices por los jeroglíficos?

–Sin quererlo, Bakrí nos ha aportado una valiosísima información –dijo–. Incluso la misma arena podría resultarnos muy útil. Es mejor recogerlo todo –dijo, vaciando con rapidez una caja de cartón que utilizaba de papelería y

metiendo dentro el espejo, las vendas y la arena, que recogió con gran cuidado—. Vámonos al laboratorio.

—No veo el momento de contárselo a Hassan y a mi hermano. Se morirán de curiosidad cuando sepan que Bakr  ha resucitado como el ave fénix —coment  Kinani camino ya del laboratorio.

—Antes de decirles nada, espera a que traduzca los jeroglíficos. Es posible que incluso haga algunos análisis de las vendas y también de la arena, aunque eso llevará más tiempo.

— Vamos, Yalil! —ri  con desenfado—. No creer s que voy a poder aguantar más de veinticuatro horas las ganas de contarles una noticia como ésta. Ya me conoces: soy incapaz de hacerlo, aunque me cayese encima una maldición divina o una piedra de granito de diez toneladas.

—Espera, al menos, hasta mañana —le rogó Yalil al llegar a la puerta del laboratorio. Gir  la llave y, al entrar, encendió las luces de la sala—. Y ahora, vuelve a casa y termina de preparar tu examen. Nos veremos mañana por la tarde y te contar  lo que haya descubierto. Luego acudiremos juntos a la Ciudadela. Por la mañana preguntar  a la gente que trabaja en el museo si alguien sabe qué es La Perla del Nilo. No tengo muy claro si se trata de una pensión, un bar o una carnicería.  A saber!

— Pero Yalil! —protestó Kinani descontento—.  Me est s pidiendo que me vaya y te deje a solas con esto entre las manos?

—S , más o menos. Mañana tienes un examen,  lo has olvidado?



–No, pero...

–Pero nada –repuso resolutamente–. Tú ahora tienes que enfrentarte a la protohistoria del Asia Menor y yo, a descifrar unos cuantos jeroglíficos. ¡No se hable más! Cada mochuelo a su olivo o, lo que es lo mismo, cada uno a su casa. Te espero mañana sobre las cinco y media, como todos los días.

–Al menos, deja que me quede un rato, o que traduzca algún trocito de venda. Sabes que no se me da mal...

–Si te dejas, sólo perderás tiempo y no conseguirás concentrarte en el estudio –objetó Yalil.

–Está bien, está bien... Tú ganas. Nos veremos mañana. Ya veo que no hay forma de convencerte.

Resignado, Kinani dio media vuelta y se dirigió a la salida. Yalil vio cómo doblaba a la derecha al final del corredor y luego oyó el eco de sus pasos, que se perdían suavemente mientras abandonaba el museo camino de la entrada principal.

Entonces Yalil se encerró en el laboratorio y se puso manos a la obra.

La luz alumbraba con absoluta claridad cada milímetro de las vendas de lino amarillento que Yalil había colocado encima de una pantalla plana y traslúcida, iluminada en su interior por unas frías luces de neón. Durante más de una hora trató de recomponer los pedazos, esperando que se tratase de las piezas de un único puzle.

Empezó a desanimarse cuando se cercioró de que,



excepto algunos fragmentos, el resto no encajaba y no había modo de reconstruir una frase coherente. Era bastante probable que los fragmentos perteneciesen a una momia y, como muchos de ellos mostraban una rotura reciente e intencionada, no le quedaba más opción que pensar que Bakrí se los había arrancado para envolver el espejo, a sabiendas de que cualquier texto escrito supondría una verdadera bomba de información para un egipólogo.

Pero, ¿qué relación podían tener todas esas vendas con el espejo, si es que la tenían? ¿Bakrí habría encontrado un conjunto funerario cerca de Hanefer? ¿Tal vez el de la tumba de la joven princesa Neferure, de cuya muerte ninguna crónica histórica dio ni el más leve indicio?

Al cabo de un par de horas más de trabajo, esto fue lo que Yalil pudo leer:

Señor del cielo [...] gemelo de Ra, dios de la luz y las duras tinieblas, [...]

[...] como un suspiro [...] Tú que vienes del origen de los tiempos, tú que viajas portando la vida [...]

[...] si de nuevo llueve tu ira [...]

A la luz del día llegaste [...] las estrellas duermen [...] en el corazón el fuego del oro [...]

[...] En tu vientre vivirán la eternidad tus trece hijos [...] aquéllos que te vieron llegar [...]

No era la primera vez que Yalil se enfrentaba a un texto incompleto e inconexo como éste. Su trabajo consistía en



traducir jeroglíficos, a veces en un estado lamentable, pero le llamó mucho la atención el contenido de las frases.

Si los fragmentos de las vendas pertenecían a una momia, ¿por qué no se hablaba en ellas del viaje al Más Allá del difunto, del Juicio de los Muertos, del ka o espíritu del muerto? Se hablaba de oro, de estrellas, de la furia, de un dios gemelo de Ra. Se hablaba de trece hijos..., pero, ¿a qué hijos se hacía referencia? ¿Hijos de un faraón, de un noble, de un alto cargo militar? ¿De quién se hablaba exactamente?

Los ojos de Yalil mostraban signos de cansancio. Se alzó las gafas para frotárselos y los cerró al mismo tiempo, experimentando un gran alivio.

—Será mejor que me vaya a casa —se dijo—. Esto no tiene pies ni cabeza: ¡el dios Ra no tiene ningún gemelo!, a no ser que yo sea un poco torpe y existan dos soles en nuestro Sistema Solar, como en las películas de ciencia ficción. ¿Se tratará de algún culto del que no tengamos noticia? Pero, si así fuese, ¿qué relación tiene este «gemelo de Ra», como aquí dice, con el dios Ha..., con estas vendas... y con el espejo...? ¡Si es que la tiene!

Cansado, se levantó de la mesa y arqueó la espalda para desentumecerla de la postura que había mantenido durante la última hora.

Luego, metió una muestra de la arena dentro de un tubo de cristal. Añadió unos líquidos, agitó el contenido y lo introdujo en el interior de un aparato electrónico altamente sofisticado, la última adquisición del museo, que estaba modernizando su laboratorio desde hacía algunos meses.



El aparato podía aportar datos sobre los tipos de minerales presentes en la arena, alteraciones geoquímicas y otras pistas sobre su origen, pues Yalil no tenía muy claro que aquella arena procediese de la ciudad de Hanefer. Y, si en verdad se demostraba que sí, que había salido del valle del Hammammat, entonces tendría que averiguar de dónde la había sacado Bakrí, porque no recordaba haber visto momias, sarcófagos ni cementerios durante el tiempo que estuvieron en Hanefer.

Eran las diez y cuarto de la noche y no se oía ni una mosca en todo el museo; únicamente el viento helado, que golpeaba las inmensas cristalerías del gran edificio. Las salas estaban a oscuras y las alarmas conectadas; Yalil seguía encerrado en el laboratorio a la espera del resultado de los análisis.

De pronto sonó un «bip». El aparato de precisión anunciaba que acababa de concluir su trabajo. Yalil pulsó un botón verde y la impresora comenzó a funcionar. Imprimió un par de folios con unos dibujos y unas gráficas de colores llenas de picos que más parecían el balance semestral de la Bolsa de Nueva York que otra cosa. Por último, aparecieron los porcentajes con los minerales que había en la arena.

Yalil comenzó a leer los resultados antes de que acabara de imprimirlos. Por la cara que puso, algo extraño ocurría.

—¡No es posible! Tiene que haber un error. Tal vez deba repetir los análisis, porque la presencia de este mineral es absolutamente imposible —consultó su reloj y de pronto exclamó—: ¡Buff! Ya son las once y media. La cabeza me



estallará si no me voy a casa a dormir... Aunque mucho me temo que no pegaré ojo en toda la noche. Si el departamento de geología de la Universidad me confirma esta noticia, me temo que ninguno dormirá. Será mejor que, por el momento, no diga nada. Tengo que asegurarme de que no se trata de un error. Es más: espero que sólo sea eso, un simple error.

